



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECLARO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13388

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

MARTES 8 DE JULIO DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Persiguiendo un ideal

COLONIAS ESCOLARES

III y último.

Los tipos se ofrecen como más convenientes para la elección de sitio de instalación de la Colonia: la montaña y la orilla del mar. La inspección médica es la única que puede decidir en cada caso sobre la conveniencia de uno ú otro, según la situación de los niños elegidos, entre los que debe hacerse una diferenciación en dos grupos: 1.º á los que conviene la permanencia en la montaña, y 2.º los que necesitan utilizar el estímulo general de la brisa marina, y los beneficios del baño. Formándose dos Colonias escolares ó más, puede muy bien atenderse á las condiciones de ambos grupos: en una sola, conviene decidirse por la mayoría.

Hecha la elección de sitio, se nos presenta á resolver la cuestión local. Lo mejor sería dotar las Colonias de locales propios, á la orilla del mar ó en los pueblos donde convenga instalarlos, con todas las comodidades necesarias para obtener el mayor provecho físico y educativo. Francia cuenta hoy con verdaderos palacios de esta índole, algunos capaces de albergar hasta 500 niños; en Inglaterra, Alemania é Italia es muy considerable el número de estos establecimientos, siendo los más hermosos de ellos el situado á la desembocadura del Támesis; cerca de la ciudad de Margate, y el de Venecia, levantado en una isla sobre un terreno de tres mil metros cuadrados.

Pero cuando no se disponga de terrenos y de recursos para la construcción de edificios donde llevar á cabo la instalación permanente de las Colonias escolares, es preciso que á ejemplo de lo que viene practicándose en otras partes, se solicite del Ayuntamiento ú otras corporaciones, y aun de particulares, la cesión gratuita de algún edificio que, con inteligencia y economía, puede convertirse en excelente vivienda para la Colonia, como á los niños conviene

para obtener las condiciones de una vida enteramente rural.

La más elemental previsión aconseja informarse de la existencia de provisiones y precios en los puntos á donde haya de dirigirse la Colonia, la que debe ir provista de las medicinas que se suponen necesarias para el caso de pequeños accidentes.

En las escuelas públicas suelen instalarse muchas veces las Colonias de Francia y Suiza; la de Granada de 1890 tuvo por casa las Escuelas públicas de Almuñécar, que el Ayuntamiento cedió gratuitamente, y en casas cedidas por el de San Vicenté de la Barquera se instalaron las cuatro primeras de las Colonias que el Museo pedagógico de Madrid ha organizado y llevado á cabo.

La Colonia escolar de Santiago de 1893 se alojó en el Colegio de Jesuitas de La Guardia y en el edificio de las Escuelas de Pontevedra, y las organizadas en Bilbao últimamente, se instalaron en los edificios escolares de pueblos de Vizcaya, cedidos por sus respectivos Ayuntamientos. Tampoco es raro en el extranjero ver á la Administración militar proveer de ajuar á las Colonias, como sucedió aquí en España con la de Logroño, instalada en Lumbreras hace dos años; pero este modo de proveerse es propio de un ensayo.

Para el régimen que debe seguirse en las Colonias tenemos pauta segura en dos obras escritas con inteligente y sano criterio pedagógico que acreditan que en España está estudiado y dispuesto cuanto se relaciona con este asunto. La primera es la Circular comunicada á los Rectores de las Universidades, é Inspector general de Enseñanza, en Febrero de 1894, por el entonces Director general de Instrucción pública, D. Eduardo Vincenti, á la que acompañan *Instrucciones prácticas para*

la organización y régimen de las Colonias escolares, constituyendo ambas partes valiosísimo monumento pedagógico que establece y detalla minuciosamente cuanto concierne al objeto y preparación de una Colonia; su instalación, vida, recursos, viajes, ejercicios y resultados. Y la segunda, el concienzudo y detenido estudio de higiene pedagógica que con el título *Las Colonias Escolares de vacaciones en España durante los años de 1887 á 1897*, publicó el ilustrado Dr. Salcedo, notable trabajo que con los datos y observaciones que ofrece complemento la obra del señor Vincenti. El *Diario de la Colonia escolar de Puerto de Sóller*, publicado en Palma de Mallorca en 1901 por don Miguel Porcel, y las *Memorias publicadas por el Museo Pedagógico de Madrid*, son también preciosos documentos que deberán tener presente cuantos organicen ó dirijan Colonias escolares, pues en todas las obras citadas se encontrará lo necesario para organizar la empresa con acierto.

Voy á terminar estos artículos, escritos sin otra pretensión que la de cooperar de alguna manera al triunfo de la iniciativa de queridos amigos, la que he acogido con gran cariño; iniciativa que sin duda coronará el éxito y hará que tome carta de naturaleza en esta ciudad la institución pedagógica que propagamos, basada en la sublime y hermosísima ley de la caridad cristiana.

Pero no quiero dar por terminada mi labor sin contestar á las observaciones que sobre el asunto que nos preocupa me hiciera un buen amigo é ilustrado compañero. Desgraciadamente es cierto que muchos, acaso la mayor parte, de los sacrificios hechos para proporcionar á los niños tan útiles beneficios se malogran al poco tiempo de su regreso de la Colonia, pues en la escuela y en la casa vuelven á encontrar las mismas causas que empobrecieron y debilitaron su organismo, teniendo que esperar un año para empezar otra vez la obra de reconstitución física. Este gran inconveniente

puede evitarse proporcionando á los niños aire puro con mayor frecuencia; cambiando el sistema de enseñanza en muchas escuelas; dando á la educación física la importancia que merece; destinando las tardes á excursiones y paseos cuando las circunstancias del tiempo y de las localidades lo permitan, y haciendo ver á los padres y á las autoridades que es un crimen tener recluidos á los niños mucho tiempo durante las horas más hermosas del día. ¡Seis y hasta siete horas diarias se tiene encerrados á esos pequeñuelos que no cometieron delito alguno! La más elemental caridad y la misma conveniencia social aconsejan la desaparición de este estado de cosas, opuesto á las leyes naturales.

Ya escritas las anteriores cuartillas un amigo me trae la grata nueva de que es un hecho la creación de una Colonia. Felicitemos por ello ¡Bendito sea quien tanto bien proporcional. Mas, ¿por qué no son dos, por qué no son cuatro las Colonias?

Todos los niños querrán ir á las Colonias, pero muy pocos podrán ir. ¡Pobres niños los niños pobres de las Escuelas municipales! ¡Qué simpatía, qué cariño inspiran!

El día de la elección de los colonos, ¡qué honda pena sentirán en su corazón los encargados de reconocerlos y elegirlos!

Todos mirarán á éstos alegres y sonrientes, con la mirada ansiosa esperando que los elijan para ir á la Colonia. Los que separen como elegidos, se entregarán á los mas expresivos transportes de alegría; por el contrario, los que sean desechados se retirarán tristes como si les hubiera acontecido una desgracia. ¡Pobres hijos!

Es preciso que vaya el mayor número posible de niños pobres que lo necesitan. ¡Falta dinero! Pues, á pedirlo á quien lo tiene, que corazones honrados hay en Cartagena siempre dispuestos á prestar su ayuda á cuanto beneficiar puede á los desheredados.

Hay que insistir sin desmayos en esta santa lucha, á cuyo iniciador don

Enrique Martínez Muñoz, á EL ECO DE CARTAGENA y á los que generosamente le prestan su concurso, cabrá la gloria que lleva consigo el planteamiento de estos ideales redentores.

Antonio Puig Campillo,
Profesor de la Escuela Elemental de Industrias.

CRONICA CIENTÍFICA

LA OBRA DE MR. GRANCHER

El profesor parisiense M. Grancher, con gran desinterés y suficiencia científica, se dedica á trabajar contra la tuberculosis.

La Cámara de los Diputados acaba de votar una subvención anual de 50 mil francos para la labor humanitaria de este hombre de ciencia que lleva por título:

«Obra de preservar á la infancia de la tuberculosis.»

En una entrevista con un redactor de *La Petite République*, de París, M. Grancher ha hecho las siguientes declaraciones:

«Hace más de treinta años que me dedico al estudio de la tuberculosis, y he podido hacerlo muy bien porque yo he sido tuberculoso y supe curarme.»

Me he convencido de que quizá tiene más importancia el preservar de la tuberculosis á la infancia que cuidar esta enfermedad á los adultos. La infancia es la reserva de la raza, y hemos de evitar por todos los medios el contagio.

Sobre esta idea he basado mi doble acción.

A este efecto hemos creado dos procedimientos distintos para evitar el contagio en la infancia: el uno lo ejercemos en la escuela y el otro en la familia.

Mis alumnos me acompañan todos los martes y sábados á examinar los alumnos en las escuelas. De nuestras observaciones ha resultado que en los distritos 15 y 18 de París, en cada 100 alumnos se encuentran 24 tuberculosos y 17 entre cada 100 niñas.

En cuanto está atacado un alumno le sometemos á régimen de superalimentación, cosa que da resultados pero no completos, porque debiera com-

Una linda troika se adelantaba rápidamente hacia ellos. El cochero, con aire resuelto, les dió una voz para que se apartaran; y al pasar junto á los dos alegres carros, el pebillón se volvió, guiñó el ojo é hizo una señal, para indicar los encarnados rostros de los mujiks y de las viejas que seguían cantando entre los vaivenes de los carros.

ba Aliokha estrechando entre sus fornidos brazos al viejo.

Entre la multitud había una vendedora con su costillo. Aliokha la vió, la arrancó toda su mercancía, y la echó en el carro.

—¡No tengas miedo! Yo lo pago... ¿demonio? — dijo con voz quejumbrosa.

Y sacado del bolsillo uno lleno de dinero, se lo arrojó á Michka.

Echado de codos sobre el carro, y con los ojos humedecidos, estaba mirando á los Dutov.

—¿Cuál es la madre? — preguntó.

—No eres tú? También quiero darte algo.

Quedóse un rato pensativo, registró sus bolsillos, encontró una pañoleta nueva doblada, cogió una servilleta que tenía á la cintura por bajo de su abrigo, se quitó rápidamente del cuello un pañuelo de seda encarnado, lo reunió todo en un paquete, y se lo echó á la vieja sobre las rodillas.

—¡Toma, te lo regalo! — dijo con voz que se iba haciendo cada vez más confusa.

—Pero ¿por qué? ¡Yo te lo agradezco, hijo mio! ¡Qué tanto de chico! — decía la vieja dirigiéndose á Dutov que se acercaba al carro.

FIN.